

2. LOS ATRIBUTOS DE DIOS

*"No sé dónde se levantan sus islas
Sus palmas frondosas en el aire, sólo sé que no puedo ir a la deriva
Más allá de su amor y cuidado". – Whittier*

Dios es Amor." El estudio de estas palabras es el estudio de Dios, en quien se esconden todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. Dios se ha revelado tanto en su obra y en su palabra, y estas revelaciones coinciden en esta verdad. Todo lo que la ciencia más amplia puede hacer es comprender algo del plan de la creación, y toda esta creación no es más que la materialización del pensamiento divino. El plan es de Dios, una parte de la Mente infinita.

Lo que la palabra de Dios trata de hacer es revelar en lenguaje humano el plan divino de la redención, un plan que revela una profundidad de amor tan infinita que incluso hasta los ángeles desean contemplarlo. Incluso ellos, que habitan constantemente en la plena luz del amor, sin que el pecado o el dolor los nublen, incluso ellos contemplan aquí extensiones desconocidas

extensiones y profundidades insondables, y si se les pregunta qué es lo que más les parece que revela el amor de Dios por sus criaturas, responderían sin duda, "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

"Dios es amor". ¿Qué significan estas palabras? ¿Qué pueden significar sino que el amor es la característica que controla la mente de Dios, el único atributo de la Deidad de la que surgen todos los demás atributos, y en los que todos los demás atributos pueden ser rastreados? Las Escrituras no dicen que Dios es poder; dicen que es poderoso, todopoderoso. Vemos su poder manifestado en la creación y el sostenimiento del universo; pero su poder separado de su amor no haría más que revelarle nuestra debilidad hasta hacernos despreciables a sus ojos. Los dos no deben ser separados.

Lo que el alma, cansada de su propia lucha desesperada contra el pecado, necesita ver, no es que sea menos poderoso, sino que su poder es su amor. ¿Cuál es el poder moral del universo sino el poder del amor? Dijo Napoleón mientras se encontraba exiliado en la roca estéril de Santa Elena, "Alejandro, Julio César y yo mismo fundamos reinos con el poder de nuestras armas, y hoy ¿quién se preocupa por nosotros? Pero Jesucristo fundó un reino con el poder de su amor, y hoy millones morirían por él".

Satanás no tiene poder para obligar a un hombre a hacer el mal arbitrariamente. Si tuviera ese poder, el mal estaría únicamente en él, y no en ese hombre así forzado. Todo el mal, como todo el bien, reside en la mente que dirige la acción. Si al agarrar a uno que es más débil que yo, lo obligo a clavar un puñal a su vecino, fue mi mente, y no la suya, la que dirigió el golpe, y en mí reside exclusivamente el pecado. Si él consiente en mi acto, se convierte en cómplice de la culpa. Si pudiera forzar su mente en cada tema, poniendo mi mente en el lugar de la suya, él dejaría de tener una existencia separada de la mía, y por lo tanto no tendría ningún carácter, ni bueno ni malo. Así que Dios

no puede forzar la mente arbitrariamente para dictar acciones buenas. Hacerlo sería destruir la identidad individual, y convertir a todos los hombres en máquinas para manifestar la mente de Dios.

El poder de Satanás es, por tanto, únicamente el poder de conducir a los hombres que someten sus mentes a él, hacia el mal. Y el poder de Dios para redimir al mundo es únicamente el poder de su amor para llevar a los hombres que sometan su mente a la justicia. El poder de Dios es, pues, su amor. Tampoco puede limitarse al mero poder moral. ¿Cuál es el poder que creó y que sostiene el universo? La ciencia agnóstica puede hablar eruditamente de la evolución y la gravitación, pero la fe ve el mismo Amor infinito, sin el cual ni un gorrión cae a la tierra, creando y sosteniendo soles y mundos, para que haya luz, y calor, y hogar para todas sus criaturas. Así, el poder de Dios es su amor, ¿y por qué debemos temer? El amor perfecto echa fuera el temor al revelar el hecho de que la reserva infinita de la fuerza omnipotente se mantiene al dictado de ese amor que recoge a los corderos en sus brazos y los lleva tiernamente en su seno.

¿Y qué hay de la sabiduría de Dios? Vemos su maravillosa sabiduría revelada en la armoniosa revolución de los planetas en sus órbitas, cada uno de los cuales, con la precisión de un reloj, completando su revolución en el momento justo, aunque con cientos de años; todos se cruzan y vuelven a cruzarse en los cielos, pero sin chocar nunca entre sí. Esto revela su sabiduría, y también su amor por sus criaturas, si miramos con otros ojos que no sean ciegos. Su sabiduría separada de su amor no haría más que enseñarle nuestra debilidad y necesidad.

Encerrados tras el futuro impenetrable, y contemplando sólo con visión defectuosa el pasado mal comprendido, lo que el alma, así dolorosamente consciente de sus propias limitaciones, quiere saber es que la sabiduría de

Dios es su amor, y que todo el futuro, por muy oscuro que sea, está en manos del Amor.

Al fin y al cabo, ¿qué es la necedad del mundo sino su rebelión contra la sabiduría de la ley de Dios, que es el Amor... Una rebelión y una insensatez que han dado origen a todos los latidos del dolor humano y a todos los lamentos de la angustia humana. La eternidad demostrará que la sabiduría de Dios no era sino la sabiduría de un amor paternal que vio el final inevitable de cada acción desde el principio, y sólo prohibió lo que llevaría a la miseria.

¿Y qué es la justicia, esa justicia de Dios, sino otro nombre para su amor? Nuestro amor parcial puede hacernos injustos. Si amo más a A que a B, puedo ser injusto con B, pero su injusticia no es el resultado de mi amor por A, sino de la imperfección en mi falta de amor hacia B. En el momento en que concebimos un amor infinito y omnímodo, en ese momento vemos que ese amor incluye la justicia. ¿Puede el que ama a todos sus hijos ser injusto con alguno de ellos? Así pues, la justicia es amor, y él, ese temible Uno, que tiene la balanza en sus manos, es aquel más allá de cuyo amor y cuidado no podemos desviarnos, aunque a menudo podamos contrariar a su Espíritu.

¿Y qué diré de la ira de Dios, de la que se habla tantas veces en la Escritura? Jesucristo vino a revelar al Padre. Nunca hubo un ser en esta tierra que amara al pecador como él, y nunca uno que odiara tan perfecta y completamente el pecado. Su amor por el pecador era tan infinito como su odio al pecado. En él se revela un Dios que siempre y por completo hace separación entre el pecador y el pecado. Él odia el pecado, porque es el enemigo del pecador, al que ama. Si tengo un amigo, y sé de un asesino que está al acecho de su vida, la medida de mi amor por ese amigo es la medida de mi odio hacia ese asesino.

El pecado es el único enemigo de la raza humana. Acecha insidiosamente detrás de diez mil bellas formas de placer, y siempre acecha con intención asesina. Todo el odio de Dios es su odio al pecado. Toda su ira es su ira contra el pecado. El odio y la ira son simplemente su amor por el pecador, a quien el pecado busca destruir. El plan de redención es el esfuerzo de Dios, revelando su infinito amor, para separar el pecado del pecador, para que el pecado sea destruido, la miseria desaparezca, y el universo quede limpio, y sin embargo el pecador se salve.

Sólo aquellos que se conectan final e inseparablemente con el pecado, de modo que Dios no puede destruir el uno sin destruir el otro, tendrán que beber de la ira de Dios contra el pecado. El amor no se complace en el hecho. "Vivo yo, dice el Señor Dios, no me agrada la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; convertíos, convertíos de vuestros malos caminos ¿porque moriréis?".

Así, todos los atributos de Dios se remontan al único atributo, y "Dios es amor." "El amor es de Dios; y todo el que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor." No hay nada en Dios sino amor, pues el amor incluye todo lo bueno. Su amor llega hasta el último rincón de su poderoso universo, y toma en su constante cuidado a todas sus criaturas, sin dejarlas ni un momento, por mucho que le duela el corazón.